



Arrigo Levi.

# GHADAFFI: GUERRA A STAMPA<sup>II</sup> Y LA FIAT

El 6 de diciembre, el periódico italiano «La Stampa» publicó un artículo acerca de Libia y del coronel Ghadaffi que fue considerado insultante por los libios. La Embajada libia en Roma se dirigió al periódico pidiendo reparaciones, que debían consistir no solamente en una rectificación, sino en el despido inmediato de los dos redactores que lo habían escrito. El director se negó a esta demanda e hizo causa común con los autores del artículo. Pero «La Stampa» pertenece al grupo Fiat y la Embajada de Libia se dirigió a la Fiat para pedir esta vez que fuese despedido, además de los dos redactores, el director de la publicación, Arrigo Levi. El presidente de Fiat, Agnelli —una potencia por sí mismo en Italia y en el mundo—, acudió a visitar al embajador de Libia para tratar del tema, pero advirtiendo, desde luego, su decisión de mantener a los periodistas acusados. El embajador no le recibió. En cambio, le hizo saber que Libia estaba dispuesta a ejercer el boicot sobre la casa Fiat. Agnelli puso el tema en manos del ministro de Asuntos Exteriores italiano, dada su envergadura y sus posibles consecuencias. Libia lo comunicó por su parte a la Oficina de Boicot Árabe, con sede en El Cairo, la cual hizo causa común con los libios. Publicó una ficha de Arrigo Levi: judío, combatiente con el Irgum (ejército secreto terrorista judío antes de la proclamación del Estado de Israel) en 1948 y en la actualidad «sionista que trabaja contra los árabes». La Oficina de Boicot —que reúne 19 países árabes— anuncia que la Fiat será puesta en la lista negra de todo el mundo árabe. El ministro de Asuntos Exteriores italiano pretende que «la cuestión puede y debe ser esclarecida y resuelta a través de canales apropiados y dentro del espíritu de la tradicional amistad entre Italia y los países árabes»: explica los principios de la libertad de prensa, la imposibilidad de actuar sobre un director de periódico en uso del ejercicio de su profesión y las consecuencias graves que podría tener una presión de ese tipo. Los

árabes responden que no tiene relación su protesta con el gobierno italiano y que el ministro no debe intervenir: se trata de un asunto directo entre los países árabes y la casa Fiat, de una reflexión tomada con calma (antes de ninguna de las acciones se reunieron los embajadores árabes en Roma y se pusieron de acuerdo sobre el asunto) y que les parecía definitiva.

El artículo incriminado era, sin duda, muy duro. Aparte de negar a Ghadaffi toda calidad política («el socialismo árabe de Ghadaffi es una de esas doctrinas que un niño de diez años puede refutar con facilidad»), hacía insinuaciones personales graves y a veces contradictorias acerca del dirigente de la revolución libia: desde las de una pretendida homosexualidad hasta la de que mantenía un harén con 48 mujeres. Este ataque resulta mucho más duro por la difusión y la influencia de «La Stampa»: cerca de medio millón de ejemplares diarios, de venta en todos los quioscos del mundo, con influencia notable en los centros políticos. Es un periódico de izquierda moderada, anticomunista, que no ahorra ataques al gobierno de su propio país. Arrigo Levi, su director, tiene prestigio internacional: sus análisis sobre política mundial aparecen no sólo en su periódico, sino en muchos otros del mundo, entre ellos la prestigiosa revista semanal de Estados Unidos, «Newsweek», también de tendencia liberal marcada. Cuando Arrigo Levi fue nombrado por Agnelli director de «La Stampa» no aceptó hasta haber tenido el consentimiento previo de la redacción del periódico que iba a dirigir. En este caso no es solamente la empresa la que mantiene al director, sino también la redacción del periódico.

Y los demás periódicos italianos, comenzando por «L'Unità», órgano central del partido comunista italiano y clara, netamente proárabe. Se alza contra la «interferencia inadmisibles en los asuntos internos de otro país, lesiva para la libertad de expresión; por lo tanto, debe ser con-

denada». La Federación Nacional de la Prensa y el sindicato de periodistas italianos protestan también contra lo que estiman que supone «una amenaza contra la libertad de todos los periodistas italianos».

Naturalmente, es la prensa de la derecha y la manifiestamente antiárabe la que con más vigor se alza contra el boicot. En el «Corriere della Sera» se escribe que «la hipótesis de que un país extranjero pueda exigir el despido de un director de periódico por la inverosímil razón de que es judío no había sido hecha jamás, incluso en política-ficción». El senador Spadolini, autor del artículo, olvida voluntariamente la época en que la presión alemana nazi fue dócilmente atendida por el gobierno italiano, que licenció a todos los judíos, y no sólo de los periódicos, sino que ayudó a licenciarlos de la vida misma. Pero no es suya toda la culpa de esta tergiversación: al insistir en la raza judía de Arrigo Levi, la Oficina de Boicot Árabe ha tocado un punto enormemente delicado. Libertad de prensa y racismo son dos puntos extremadamente sensibles en el mundo de hoy. El artículo del senador tiene estas otras expresiones: «A partir del chantaje del petróleo (los árabes) van rápidamente hacia el chantaje sobre la opinión y el pensamiento libres».

Todos los sectores antiárabes y projudíos del mundo tienden a subrayar la cuestión, que es indudablemente grave tal como está planteada en estos momentos. La opinión pública, inquieta ya por el alcance del poder árabe sobre las economías nacionales y finalmente privadas, se inquieta por la forma en que ese poder podría seguir ejerciéndose sobre otros temas. Pero la Oficina de Boicot Árabe trata de reducirlo a sus propios términos: si el sionismo actúa teniendo el mundo como campo y si Arrigo Levi es un agente sionista que ejerce un puesto de influencia mundial, es porque la casa Fiat lo ha decidido así y le ha colocado deliberadamente en ese puesto: los árabes tienen derecho a responder

directamente a la casa Fiat, sin interferir con el gobierno italiano, y por eso las comunicaciones de represalias se han hecho personalmente a cada uno de los representantes de la Fiat en las capitales árabes. Se está esperando una respuesta.

Existe, sin embargo, el temor en Italia de que algún acto de violencia puede ser realizado personalmente contra Arrigo Levi o los autores del artículo, contra «La Stampa» o contra la Fiat. El «Times», de Londres, acaba de acusar directamente a Ghadaffi de mantener económicamente a diversos grupos de acción palestina y «numerosas organizaciones terroristas en diversos países», entre las cuales cita al IRA y a movimientos de liberación de Etiopía, Siria, Somalia, el Tchad, Marruecos, Filipinas y Tailandia; además, naturalmente, de a los palestinos. Ghadaffi habría entregado 45 millones de libras (unos 6.000 millones de pesetas) recientemente a Septiembre Negro. Según el «Times», el ataque palestino en el aeropuerto de Roma del 18 de diciembre habría sido ordenado personalmente por Ghadaffi precisamente en el momento en que comenzaba la conferencia de Ginebra. El «Times» alude a unas pretendidas confesiones de los miembros de este comando, detenidos actualmente en Kuwait. El coronel Ghadaffi habría ofrecido un seguro de 250.000 libras esterlinas para sus familiares y estaría ejerciendo presiones sobre Kuwait para que los pusiera en libertad. Siempre según el «Times», en territorio libio se habría procedido a la creación de un nuevo grupo activista, Juventud Nacional para la Liberación de Palestina, cuyo objetivo sería dar nueva vitalidad a la acción violenta y en estos momentos impedir a toda costa que la paz en Oriente Medio se hiciera en el sentido de un reconocimiento de Israel por los países árabes y a costa del exilio palestino. Una acción de estos grupos contra la Fiat o «La Stampa», en el caso de que el boicot no llegase a tener eficacia, sería siempre posible, y daría nueva gravedad a todo este complejo tema.

■ J. A.